LA RESURRECCION

DE UN HOMBRE,

POEMA ORIGINAL

por

DON MIGUEL TENORIO.

SEVILLA:
Imprenta á cargo de D. José Morales, frente Sta.
Maria de Gracia.—Mayo.—1839.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

El primer canto de este poema que compone su primera entrega, debe considerarse como un conjunto de precedentes necesarios al desarrollo de su verdadera accion, mas bien que como una parte integrante del pensamiento que en él domina.

El siguiente cuaderno se remitirá á los señores suscritores, en el momento que se concluya su impresion.

Desagradecido seria, y aun mas indigno que lo soy ahora de la proteccion que me dispensa el pueblo sevillano, si no dedicase algunas lineas á patentizar la benevolencia con que se ha prestado á llenar las listas de la suscricion á esta obra, sin que yo tuviese otro título á su estimacion que mi buen deseo, ni motivos él para esperar un resultado útil de mis tareas literarias. Animado solo del espíritu de adelanto y de prosperidad que la civilizacion inocula en todas las sociedades, no ha visto en mi un hombre sin capacidad y sin mérito, sino un hijo de la España jóven, y me ha tendido su mano, recibiéndome con distincion y con aprecio. Y aunque en protecciones de esta especie reporta mas honra el protector que el protejido, no debe sin embargo dejar la juventud de manifestarse agradecida, prosiguiendo constante sus trabajos, cuando puede descansar de su fatiga, contemplando con la sonrisa del triunfo en los labios, el magnífico horizonte del porvenir brillante que se presenta con claridad á sus ojos, y que no está ya por fortuna muy lejano.

PRÓLOGO.

Puesto que el autor de una obra literaria en la presente época, en la cual contienden acaloradamente diversos y contrapuestos principios, se halla en la obligacion de esponer â sus lectores las razones que le han movido à escribir, si ha de hacer algo en defensa de su bandera; voy , breve y sencillamente , â hacer la esposicion de las mias, manifestando al propio tiempo mis principios literarios, y esplicando mi manera de ver el romanticismo, en atencion à que á él pertenece mi obra, cuyo titulo es bastante por sí solo para alarmar à todos los clàsicos de la tierra.

Ecsaminaremos ante todo el romanticismo en su esencia.

No cambia de color el mundo moral tan facilmente como los celajes de la tarde. Sus cambios son necesariamente producidos por causas suficientes, cuyo lento impulso lo conduce paso à paso, hasta hacer sensible la novedad, à la par de una cadena de hechos sucesivos en el

mundo físico, que le dan por resultado otras tantas ideas como sus consecuencias precisas, y que forman en su combinacion total, regular y consecuente, la lójica de la organizacion del universo.

La literatura considerada en abstracto no significaria nada, ni nada interesante encontrariamos en ella, si sus elegantes y caprichosas formas no encerrasen la espresion de una filosofía, y si esta palabra «filosofía» no valiese tanto, como *esplicacion razonada de la actividad de los seres y de los enlaces imperceptibles que de ella resultan.*

La filosofía, por tanto, debe ser siempre una verdad, y lo es sin duda en el siglo 19. La literatura que hubiera de tener por alma esta filosofía, debia tambien estar llena de verdad, y esta es el romanticismo. No faltaràn lectores asustadizos que, al llegar aquí, arqueando las cejas en prueba de descontento, y honràndome con algun epiteto que no seria ciertamente de mi agrado oir, hagan comparecer ante su memoria à la Lucrecia de Victor Hugo, para afirmar su opinion, y despidan ignominiosamente mi malhadado poema, despues de apuntar mi nombre en algun libro de mal agüero, prometièndome un buen premio de mis tareas para en adelante; pero como yo no hallo razon donde no hay imparcialidad, volveré à anudar el hilo de mis observaciones, sin tener en cuenta sus caritativos deseos.

Decía pues, que el romanticismo està lleno de verdad, y hé aquì el motivo, porque la literatura romàntica en su camino recto, y en manos de los hombres de talento, interesa profundamente al corazon, sorprendiendo sus secretos; y la causa porque en sus estravíos, guiada por plumas ignorantes ó mal intencionadas, lo desgarra con una crueldad inaudita. Si el objeto de esta escuela fuera solo producir fuertes y violentas sensaciones, como algunos creen,

los sabios y los ignorantes habrian conseguido igualmente su fin; pero entonces tambien serian iguales las làgrimas dél desgràciado y el puñal del asesino.

Cuando he dicho que el romanticismo està lleno de verdad, porque lleva en sì los principios filosóficos de la época, oigo ya la voz alterada de un crìtico, que me arguye victoriosamente, recordândome que la fiosofìa de la época es la duda. Sentirìa mucho à fè mia esta objeccion, porque me pondria à riesgo de contestar que la verdad es la duda. * Valdrà mas por consiguiente hacer el sordo y no darme por entendido.

Habiendo dicho tambien que el objeto de esta literatura, no es solo producir fuertes y violentas sensaciones, me serà preciso manifestar cual es este, para no incurrir en la misma falta, en que ha incurrido la mayor parte de los que sobre el asunto han escrito.

Como las creencias filosóficas se vulgarizan por una especie de instinto, y desde el momento que son populares, se hace tan dificil una innovacion en ellas, como es á veces indispensable; resulta que los escritores moralistas, deben hacer lo mismo que haria un arquitecto encargado de fabricar un edificio seguro sobre un terreno desigual y pantanoso, con imposibilidad de variar su superficie. Es à saber: aprovecharse de la misma desnivelacion del terreno, poniendo en ejercicio las reglas del equilibrio, y concluir de este modo su obra cual si en una llanura espaciosa estuviese fábricada. El objeto, pues, del romanticismo no es otro, que deducir la moral y la sociabilidad, de esa misma filosofía acusada de inmoral antisocial y disolvente. Considerado de este modo, no es una causa, no es una potencia; es sí una consecuencia, un resultado: pero un re-

* *Creo inútil advertir, que la fé relijiosa es una escepcion de todas las opiniones.*

sultado que à su vez se convierte en causa, y que trata, nada menos, que de hacer â la verdad (proscripta siempre de la sociedad humana) ùtil y necesaria entre los hombres.

Esto en cuanto al romanticismo: vamos á tratar ahora de mi obra.

El hombre acostumbrado à pensar, siente la necesidad de comunicar à los demas lo que piensa, y se convierte en escritor público para satisfacer este deseo, arrostrando con osadía el dolor de ceñir su frente con una corona segura de espinas, que suelen ocultar algunas veces varias hojas de engañoso laurel. Este hombre colocado en tan penosa situacion, se arma del escalpelo del analìsis, penetra en el corazon, observa sus impresiones, encuentra los sentimientos en su orijen, sigue su desarrollo y su progresos, ecsamina sus consecuencias, y rasga à los ojos del vulgo el velo que oculta su combinacion misteriosa. Este hombre, dèbil como todos, ó se equivoca y publica sus errores, causando un gran daño à la humanidad, ó acierta y hace un bien incalculable. Al escribir yo el poema, que ofrezco hoy à la consideracion pùblica, he sido impulsado por esa causa comun, de que he hablado en el principio de este pàrrafo. Si he acertado, ó nó, al pùblico toca decidirlo.

He considerado que el hombre para ser desgraciado, tiene bastante con influencias puramente morales; porque cada ilusion que la fria mano del desengaño le hace perder, es un floron arrancado à su corona de felicidad. He tenido presente que los sentimientos corren necesariamente por una escala terrible: *deseo, goce, indiferencia y hastío.* He observado que nuestra ecsistencia en la tierra, està constantemente fascinada por una ilusion parecida à la del navegante, que aunque siente marchar viento en popa su buque, se figura que no adelanta, porque se halla siempre en un punto equidistante de la circunferencia. He calculado

en fin, que es tan perfecto el equilibrio de las sociedades como el de la atmósfera, y he creido, que si resucitàra un hombre, no podria recobrar su mismo puesto, ni escitar las mismas simpatías. Deduciendo por conclusion, que los deseos no deben estenderse à trastornar el órden de la creacion; porque la omnipotente sabiduría de Dios, al organizar el caos, hizo de aquella masa informe una máquina tan perfecta como grande.

Todas estas observaciones triviales y discordantes si se quiere, han formado en mi cabeza el plan de un poema, cuyo desarrollo podria ser muy interesante, si la escasez de mis conocimientos no lo limitase. Al confesar yo sinceramente esta falta se me hecharà en cara mi atrevimiento:::: por esto solo pido perdon a mis lectores.

LA RESURRECCION DE UN HOMBRE.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

¡Terrible muerte! con dolor clamaba,
la frente entre las palmas escondiendo,
un anciano furioso que ojeaba
á ratos un volùmen; y midiendo
pergaminos y esferas, se mesaba
la barba como nieve: discurriendo
sus cejas se enarcaban, y sus ojos
de sangre henchidos relumbraban rojos.

Era el momento en que la luz del dia
descolorando la mitad del mundo,
en el ancho occidente se escondia,
que prestaba á su paso antro profundo.
Su último resplandor fugaz ardía
entre nubes de grana, é infecundo
el aire de la noche se lanzaba
desde el oriente, y yerto circulaba.

Ya otro sol feneció, y en vano espero,
volvió à clamar el despechado anciano,
à arrojar su fulgor vendr à èl primero
cien y cien veces, que el destino insano
logre vencer, y al hombre del postrero
lecho arrebate mi atrevida mano.
Nunca podré cambiar mi horrible suerte,
que es invencible el cetro de la muerte!!

Todo lo arruina en su sangriento vuelo
reinando sola en la creacion entera;

la tierra, el mar, la atmósfera y el cielo
son campo estrecho á su soberbia fiera;
envuelve en luto eterno al triste suelo,
siendo de todo ser causa primera;
pues ni la blanda flor risueña crece,
si del rocío en la tumba no se mece.

Y esas que brillan fuljidas estrellas
en el eter azul, cual puntos de oro,
se tornaràn en pàlidas centellas
al son horrible de clarin sonoro;
y cuando pierdan sus reflejos ellas,
bañado el universo en sangre y lloro
por la muerte tambien serâ arrastrado,
y en su inmenso sepulcro sepultado.

Dijo y calló: sus sienes palpitaban
hinchadas ambas y cual fuego ardientes;
sus miradas inciertas vacilaban
ya llenas de pasion, y ya indolentes;

sin intencion sus manos se cruzaban,
y unos con otros sus quebrados dientes,
en tanto que en su mente revolvia
el orbe entero, que patente vía.

Sùbito se alza, y con turbada planta
corre alterado por la estancia oscura:
ase un martillo, y con vigor quebranta
una piedra aplomada informe y dura:
toma un crisol, y con presteza tanta
brilla dentro de un horno lumbre pura,
que el que entonces lo viera, con espanto
pudiera creerlo misterioso encanto.

En turbias ondas por el aire sube,
desecha en humo de color sangriento
la piedra derretida; cual la nube
que arroja negra en su terrible aliento,
de rabia ardiendo el infernal querube
al dar odiosa maldicion al viento,
cuando al trono de Dios sin fruto clama

por siempre atado en su mansion de llama.

Mira el anciano atento y conmovido
con ojo ansioso la materia ardiente,
y en su blanco entrecejo recojido
la duda y el temor se vé patente:
hincha su pecho el aire detenido,
amaga â hablar su labio balbuciente,
y lanza al fin un grito cuyo acento
llena arjentino el ancho pavimento.

Cesa al instante el humo que salia
del caliente crisol, y alli pequeño
grano azul en el fondo se veìa,
que descorrió del alquimista el ceño.
Como rica amatista relucìa,
y ya de tal tesoro el viejo dueño,
cual si à sus ojos se rasgase un velo,
clamó mirando con delirio al cielo.

Vencí, dice por fin: à mi osadia

cedió el destino por la vez primera,
y ya desprecio de la tumba fria
el horrible silencio y noche fiera.
En vano el hilo de la vida mia
ha de cortar la muerte en su carrera,
que atada el alma con eternos lazos,
la losa rota saltarà en pedazos.

Y el insecto voràz al cuerpo muerto
en vano aplicarà su inmundo diente,
y en vano del arroyo el curso incierto
en hilos destrenzando su corriente,
harà llegar hasta mi cutis yerto
filtràndose sus aguas lentamente,
que en mi pecho arderà secreta llama,
siendo mi piel impenetrable escama.

Y cuando ya la tierra en lento paso
por la mano del tiempo conducida,
vea sepultarse al sol en el ocaso
marcando el fin de un año en su caida,

la piedra que contiene hora ese vaso
entonces en mi seno contenida,
harà correr la sangre por mis venas
que de fluido y calor se verán llenas.

Y el cristal de mis ojos empañado
à lucir tornarà resplandeciente,
y al astro de la luz verà asombrado
cual roca inmensa ardiendo en occidente:
volverá el pensamiento anonadado
inquieto à rebullir aqui en mi frente,
y con vida otra vez y movimiento
saldré de nuevo á la region del viento.

Y el orbe todo súbito cobrando
color y formas à mi vista ansiosa,
irà en circulo estenso desplegando
su infinita riqueza portentosa.
Veré la fuente clara resbalando
por rocas seculares bulliciosa,
en arcos de cristal y de esmeralda

bañar del monte la tranquila falda.

Verè las aves en inquieto vuelo
la atmósfera cruzando transparente,
alzarse raudas à besar el cielo
meciéndose en las nubes blandamente,
ó rastreras tal vez el verde suelo
con sus alas tocar, y en el ambiente
derramar tus tesoros de armonía,
cual coro alegre despidiendo al dia.

A los hombres veré con débil pecho
palpitando de horror junto à la huesa,
y viendo, cual yò vì, su helado lecho
de horrible nada entre la bruma espesa.
Contemplaré con risa su despecho,
y elevando mi frente audaz, ilesa,
mi mano ha de mostrarles el camino,
que â su misero ser marcó el destino.

Mas ¡ah! si airado el hacedor del mundo

se burlase cruel de mi locura,
y al sueño eterno, aterrador, profundo,
abriese para mì la sepultura.
Si al golpe de su furia tremebundo
sobre mi frente ya la losa dura
inmóvil se quedase, y abismado
mi cuerpo entre la arena sepultado;

Entonces ¡ay! mi espíritu jimiendo
de suplicio infernal bajo las penas,
el atrevido intento maldiciendo
de tormentos cargado y de cadenas,
veria correr los años conduciendo
eternas horas de dolores llenas,
siendo castigo el mordedor gusano
à atroz suicidio de insensata mano.

¡Pensamiento de horror! ¿Por que Dios mio
seguridad no das como osadia;
por que tiemblo cobarde y desconfio,
si es tu poder el que mi jenio guia;

por que se mezcla del terror el frio
à la esperanza que tu voz me envia?...
¡Mísera humanidad! Tu alma es la duda,
dejàme ¡O Dios! amar la muerte cruda.

Asi en lucha penosa el triste anciano
su razon fatigada revolvìa,
y del placer de un triunfo sobrehumano
à una inquietud cobarde descendía:
ya el poder admiraba de su mano,
ya un mezquino terror le acometia,
é incierto vacilando, detestaba
la luz que su cabeza iluminaba.

Y un hombre hallar en valde pretendía,
recorriendo mil nombres en su mente,
que osase abandonar la luz del dia,
y en el polvo clavar mustia la frente.
El anciano probar asi queria
del talisman en otro el fuego ardiente,
y al ver que su deseo no lo hallaba,

¡cobardes son los bombres! esclamaba.

En tal punto, en el fondo se presenta
de la estancia un esclavo que se humilla;
y el viejo pensador la vista atenta,
clava sobre él, desde su tosca silla:
riqueza el traje del esclavo ostenta,
cual si sirviese á un grande de Castilla,
y humilde para hablar licencia espera,
siendo el respeto de su voz barrera.

Muda pregunta, el jesto contrayendo,
le hace el viejo alquimista, lentamente
en su barba los dedos escondiendo,
y replegando el cùtis de su frente.
Alzase el siervo, incierto dirijiendo
sus ojos con temor, y balbuciente
habla con voz de sobresalto llena,
y sordo el eco en derredor resuena.

Consultaros, señor, mi dueño quiere,

y el permiso de entrar aguarda ansioso.
—Serà un hombre que inquieto vive y muere,
suerte del que en el mundo es poderoso:
dìle, que puede entrar, y que no espere
licencia de un anciano laborioso,
que aprende con afan à hacer el oro,
para que aumente avaro su tesoro.

Salió el esclavo, y al instante envuelto
en un manto de seda y pedrerìa,
entró un mancebo de ademan resuelto,
retratada en su frente la osadìa:
en rizos de oro perfumado y suelto
el cabello hasta el hombro descendia,
y el sombrero precioso blanda azota
en leve ondulacion blanca garzota.

Sus ojos melancólicos sombrean
larguisimas pestañas, como en torno
de una estrella los rayos centellean,
ó en cerco de un brillante rico adorno.

Llenos de fuego y de pasion chispean,
cual llamas fujitivas de un gran horno,
que escondido en el centro de la tierra,
hondo un volcan entre su seno encierra.

Vendràn, dice, los hombres, segun cre(
à consultaros siempre sabio anciano,
para satisfacer algun deseo,
que al templo sirva de su orgullo vano:
para aliviarme â mi, cierto preveo,
que toda vuestra ciencia serà en vano;
pero tal es el hombre, su esperanza
aun mas allâ de lo posible alcanza.

Yo que mecido en opulenta cuna,
me vì adulado en mi primer sonrisa,
y hoy, cercado de amor y de fortuna,
besan mil siervos do mi planta pisa;
yo que à la luz del sol y de la luna
puedo estrechar el seno de mi Elisa;
yo triste siento indifinible pena,

que desgarra mi vida y la envenena.

En medio de los baquicos festines
en muelle y blando lecho recostado,
do en torno ecsalan májicos jardines
su delicioso ambiente perfumado;
bebiendo con ilustres paladines
bajo un techo de esencias impregnado,
hieren mi corazon los mismos goces,
y à mi pesar las horas van veloces.

Y me cansa la vida: el seco hastío
muerde mi seno con su lento diente;
lloro sin padecer, sin placer rio,
no ve color mi vista indiferente;
y sin poder llenar este vacío,
que està en mi corazon y està en mi mente,
la vida arrastro cual pesada carga,
que oprime el hombro y el andar embarga.

Y en vano el blanco seno de mi esposa
palpitante de amor estrecho al mio,

y al labio seductor de nieve y rosa
acerco con afan mi labio frio:
queda engañada mi esperanza ansiosa
y mintiendo placer falso sonrío,
en tanto que invisible en mi se ceba
roedor gusano, que mis dichas lleva.

Escuchaba el anciano sonriendo
del mancebo la pena lastimera,
y en su clara razon estaba viendo
la causa de sus males verdadera.
Mas callando taimado y componiendo
el jesto con engaño, su alma fiera
en tan horrible historia se gozaba
y à abusar de su ciencia se aprestaba.

Y el talisman terrible recojiendo
del fondo del crisol donde lucía,
la piedra en dos mitades dividiendo
en cajas de marfil las escondia;
y misteriosa inspiracion finjiendo,

al lastimado jóven dirijia
con apagada voz y ojos serenos,
estos acentos de perfidia llenos.

Si tuvierais valor, si ardiente hirviera
la sangre en esas venas juveniles;
si el alma que abrigais no se rindiera
à sombras vanas de temores viles;
si el pecho miserable se atreviera
à hacer eternos vuestros treinta Abriles,
con corto padecer y pena leve
felicidad y paz os diera en breve.

Roja la frente y la mejilla ardia
del jóven cuya audacia se dudaba,
y allá en su seno el corazon latia
callado por que un viejo lo insultaba,
el cual gozoso en tanto sonreia
viendo el ardor que al jóven devoraba;
y enmascarando aleve su contento,
siguió diciendo con falaz intento,

El temor de la muerte es el gusano
que muerde sin cèsar vuestra ventura,
ese el puñal agudo que inhumano
sepulta vuestra vida en la amargura;
ese decreto cruel del soberano
rey de los reyes vuestra dicha apura,
y yo mortal, criatura miserable,
puedo romper la ley invariable.

Dios quiso dar á mi sublime ciencia
un poder absoluto sobre el mundo,
con tal que el alquimista en su conciencia
lo respetase con temor profundo.
Nada pudiera yo sin su presencia,
é inútil fuera mi saber fecundo,
si su voz poderosa no escuchase;
y humilde ante él mi cuello no doblase.

Mas no la dicha sin valor se halla
y nada para vos puede mi mano.
Del jóven el furor aquí ya estalla,

callad, diciendo, miserable anciano;
recobrad el vigor, guerrera malla
vestid pues lo podeis y el sobrehumano
brazo estended, y mi cuchilla ardiente
entonces os dirà si soy valiente.

Nadie dudar osó de mi pujanza,
ni negó imbécil de mi brazo el brio,
sin morder luego à impulso de mi lanza
tinto en su propia sangre el suelo frio;
pero desprecio solo y no venganza
devuelve à la vejez el pecho mio,
donde reinan à par de la nobleza
el valor generoso y la entereza.

Dadme el remedio, anciano, dadme y vea
vuestra injusta sospecha fin seguro;
dadme el remedio aunque la muerte sea,
y usarlo al punto por mi nombre os juro;
que al que no tiembla cuando airoso ondea
pendon guerrero sobre fuerte muro

incitando al horror de la batalla,
no opone el miedo en sus acciones valla.

Dijo, y clavando su mirada ardiente
en los ojos tranquilos del anciano,
alzó orgulloso la soberbia frente,
su daga asiendo con terrible mano;
y el blondo pelo de su sien pendiente
lijero retembló, cual tiembla insano
el Etna jiganteo conmovido
del fuego en sus entrañas comprimido.

Impàvido el anciano y satisfecho
vió aquel furor, tranquilo, inalterable,
sin que ajitase su calmado pecho
el amago de un brazo formidable.
Con maligna frialdad miró deshecho
el estorbo que opone inespugnable
el miedo vil en flacos corazones,
y pausado repuso estas razones.

Cuando jura un hidalgo nunca miente,

y ya à vuestro valor mi ciencia fio.
El remedio tomad, que es suficiente
para haceros feliz en Dios confio,
vais à burlar la muerte, eternamente
tendreis que respirar, si el brazo impio
con infernal furor no alzais vos mismo,
y os lanzais de la nada al hondo abismo.

Un año solo la màrmorea losa
sin vida al cuerpo cubrirà callada,
un año solo muda y silenciosa
tenderà sobre vos su mano helada
la aterradora muerte: presurosa
al fin de aquel la vida anonadada
à animar volverà vuestra ecsistencia,
à la voz de la eterna omnipotencia.

La dicha entonces seguirà constante
con faz risueña vuestra alegre vida,
y nunca en duelo el pecho palpitante
llorarà triste la quietud perdida;

ni veràn mas los ojos, vacilante
sobre la sien el hacha suspendida,
con que castiga Dios en los humanos
de una muger las imprudentes manos.

Diciendo asi el astrologo entregaba
el talisman al jóven admirado,
que con mano segura lo tomaba,
tranquilo el rostro, el corazon turbado,
y ocultando el temor que le ajitaba,
dijo al anciano, Adios, precipitado,
y huyó por una oscura galeria
do el eco sus pisadas repetia.

La luna en tanto callada
se alzaba en el alto cielo
en blanca nube embozada,
mandando al alma apenada
en su dulce luz consuelo;

Y en los pardos torreones
de un opulento castillo

resonaban las canciones,
de diez alegres varones
que cruzaban el rastrillo.

Todos de gala vestian
brocados de plata y oro,
y espadas ricas traian,
y acicates que lucian
en movimiento sonoro.

Leves plumas sus sombreros
al ligero viento daban,
atravesando altaneros
entre tostados guerreros,
que à su paso se inclinaban;

Haciendo marcial saludo
à tan preciados señores,
chocando con jesto mudo
la lanza contra el escudo
como fieles servidores.

Ancho salon alumbrado
por esmaltados flameros
los recibe, do encerrado
rueda el humo perfumado
de soberbios peveteros.

Y allí entre diamantes brilla
en rico asiento de grana,
una dama de Castilla,
que hace alarde en su mejilla
del carmin de la mañana:

Labio de coral luciente,
cutis de blanco marfil,
mirada lenta y ardiente,
y adorna en rizos pendiente
el cabello su perfil.

Ligero cendal bordado
envuelve su hermosa espalda,
que está en su pecho nevado

con elegancia anudado
por un broche de esmeralda;

Y á los nobles, seductora,
saluda con dulce risa,
y es su boca encantadora
tierno boton que en la aurora
abre jugando la brisa.

Sin espada y sin valor
tiene nombre esta belleza
mas que un héroe vencedor,
sus armas son el amor,
la virtud su fortaleza.

Es de don Enrique esposa
de aquel castillo señor,
à quien la fama ruidosa
da en su trompa bulliciosa
por renombre »el lidiador.«

Y es el mismo que al anciano
fué en secreto â consultar,

y el que tiene ya en su mano
el remedio sobrehumano
que và su duelo à acabar.

Marchando viene al castillo,
donde le espera el amor,
sobre un caballo rosillo,
que de su arnés muestra el brillo
de la luna al resplandor.

Y en nube de polvo leve
envuelto por la llanura,
con tal presteza se mueve,
que la vista no se atreve
à dar caza à la herradura.

Suelta el estribo llegando
sin paje y sin escudero,
y el potro á un siervo dejando,
vuela hacia el salon pensando
en el maldito hechicero.

Y en él sitio do escondido
lleva el fatal élicsir,
siente de horror conmovido,
como un carbon encendido
que no puede desasir.

Mas esclavo es del honor
como atrevido y brioso,
y es condicion del valor
de un corazon jeneroso
disimular el dolor;

Y sin dudar ni una vez
de cumplir su juramento
mancillando su honradez,
penetró con altivez
en el marmoreo aposento.

Con gozo todos corrieron
à enlazar con el sus manos,
y siendo hombres no mintieron,

que en aquel momento fueron
solo nobles castellanos;

Y de un hidalgo español
es la amistad tan sincera,
como es pura entre arrebol
la luz brillante del Sol
en cielo de primavera.

Para probar su alegria
dieron principio à un festin,
en tanto que el claro dia
de otro emisferio corrìa
el espacioso confin;

Y en copas de oro bruñido
vierten el vino espumante,
que la vid ha producido
del verde campo florido
que el betis riega ondeante:
Lozana vid que del suelo
ardiente del medio dia

arroja el llanto y el duelo;
vid que hizo soñar un cielo
al moro de Andalucìa:

Mas don Enrique no llega
à su mustio labio el vino,
y en vano la amistad ruega,
que al fastidio el alma entrega
por que aquel es su destino;

Y desdeñando indolente
el bullicio y la algazara,
cruza el salon lentamente,
y do està Elisa impaciente
melancolico se para.

Guardeos el cielo Señora
la dice, que estais tan bella.
que al miraros seductora,
tubiera envidia la estrella
que anuncia la blanca aurora;

Y à no ser yo vuestro esposo
dueño de un tesoro tal,
al ver ese rostro hermoso,
ardiendo en fuego amoroso
fuera mi propio rival.

Y los valientes donceles
que por vos estàn brindando,
no fueran amigos fieles,
si esos partidos claveles
¡amor! dijesen burlando;

Que con sola una mirada
la paz del seno arrancais
dejando el alma abrasada,
y por Dios que no me agrada
que tan hermosa seais.

Galante Enrique venis,
repuso Elisa inocente,
tanto, que juzgo mentis,
pues no està lo que decís

retratado en vuestra frente.

Es que me queman los celos
juzgando que poco valgo,
y à amor empañan des velos
cual negra nube los cielos,
tornó à decir el hidalgo.

Injustos son à fé mia,
volvió Elisa à replicar
bella como el rey del dia,
mi corazon no sabia
antes de veros amar.

Mas hoy sabe, respondió
el celoso caballero,
y puesto que ya aprendió,
si he sido el primero yo
puedo no ser el postrero;

Y tal vez si yo faltara
un año de vuestro lado,

lo que antes sintió olvidara,
y pérfido me negàra
el amor que me ha jurado:

Que es voluble la muger,
y en su blando y frajil seno
se juntan llanto y placer,
y á veces sigue al querer
del odio amargo el veneno.

Mezquinas sospechas son,
dijo la dama ofendida,
que si es noble el corazon
no da entrada à otra pasion
la fé vendiendo ofrecida;

Y aunque ofendeis mi pudor
de mi recato dudando,
os profeso tanto amor,
que quiero morir, señor,
si no he de vivir amando;

Y juro seros tan fiel
que en vano airada la suerte,
entre nosotros cruel
pusiera el négro dosel
de la aterradora muerte.

—Pensad Elisa que suele
pesar mucho un juramento,
guardaos de que al cielo vuele,
que no sabeis lo que duele
esa voz que lleva el viento:

Pues cada sol que en Oriente
se alza conduciendo un dia,
trae en su disco refulgente
nuevo color al ambiente,
y nueva luz nos envia;

Y nunca los ojos ven
hoy lo mismo que mañana,
que la tierra en su vaiven

obliga á rodar tambien
de gozar el ansia insana:

Mas puesto que lo quereis,
tened firme en la memoria
el juramento que haceis,
y cuenta que no lloreis
en el final de la historia.

En tanto que los esposos
sobre su amor departian,
con gritos estrepitosos
los jóvenes bulliciosos
llenos de placer reian;

Y à su vista que ofuscaba
el dulce vapor del vino,
la felicidad pasaba,
y con su manto ocultaba
de los hombres el destino;

Deslizandose las horas,

que marchando con la vida
la van royendo traidoras,
veloces cual las sonoras
aguas de fuente escondida;

Y bella la imprevision
de la juventud hermana,
en cabeza y corazon
derramaba su ilusion
sin matices y liviana.

Todo era gozo y ruido,
todo risas y alegria,
cuando vino à herir su oido
un penetrante alharido
que de otro estremo salia;

Y no tan presta la brisa
à besar vuela el clavel,
cual ya sin gozo y sin risa,
fueron à acorrer à Elisa

los jóvenes en tropel:

Que era Elisa la que al seno
arrancó el doliente grito
de rabia y despecho lleno,
cual si de ardiente veneno
sintiese el fuego maldito,

Y sobre el marmol del suelo
arrodillada pedia
piedad y favor al cielo,
dando salida à su duelo
en el llanto que vertia.

Rico, inapreciable don
erá aquel raudal precioso,
grande como su afliccion,
que mandaba el corazon
à don Enrique su esposo.

Este à sus plantas yacìa
fatigado y macilento,

y en su ancha frente se via
pintada la saña impía
de interno dolor violento:

En las orbitas rodaban
sus ojos desencajados,
que ya indolentes miraban,
y ya fijos se quedaban
en sus amigos clavados.

Hinchado el labio y temblando
espumante se movia
en ronco son murmurando,
y Elisa en tanto llorando
favor sin cesar pedia.

Alterados acudieron
en tumulto estrepitoso
cuantos el lamento oyeron,
y entre los que allí vinieron
un sacerdote piadoso,

Que viendo la muerte helada
en la sien de su señor,
puso en su mano turbada
una imajen que guardada
llevaba del Redemptor;

Y entonces con devocion
se hincaron todos de hinojos,
derramando en su afliccion
de los labios la oracion
y lagrimas de los ojos:

Circulo espeso formando,
en cuyo centro se via
un sacerdote rezando,
una beldad sollozando
y un mancebo que morìa;

Un mancebo à quien ahogaba
un veneno abrasador
que su seno devoraba,

y en sus ojos se pintaba
con diabólico color.

Manchas lìvidas erian
su hermoso rostro deshecho,
y sus dientes que crujian
la yerta lengua mordian
con horroroso despecho;

Y en medio de angustia tanta,
y del jeneral lamento,
la voz rompe en su garganta
y dice con son que espanta
¡Cumple, Elisa, el juramento!!!